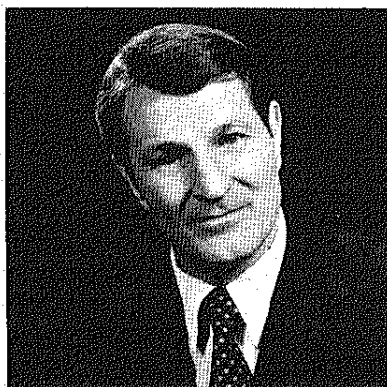


Respuesta a un llamamiento

por el élder Neal A. Maxwell
Ayudante del Consejo de los Doce



Mis queridos hermanos, mi momento verbal no es para predicar sermones, sino para la expresión de la gratitud; no es para la doctrina, sino para el testimonio.

Gratitud por el llamamiento que el Señor efectuó por intermedio del presidente Kimball.

Gratitud por vuestro voto de sostenimiento, que no constituye una justificación de mi pasado sino una invitación para que sea mejor y me esfuerce más en la obra del Señor.

Gratitud por los humildes padres que me enseñaron, por doctrina y por precepto, que tanto la Iglesia como el evangelio son verdaderos.

Gratitud por una maravillosa mujer, Colleen, la esposa de todos los tiempos, fueran éstos buenos o malos, quien hizo de nuestro hogar un refugio.

Gratitud por ese hijo misionero que está en Alemania y por las tres hijas y el yerno, en cuyo beneficio y como padre, deseo profundamente lograr el éxito en la obra, y cuyo voto de sostenimiento

tendrá un doble significado en los tiempos por venir.

Gratitud por el presidente Kimball, por su ejemplo de valiente Profeta, y por el que él y su esposa dan de practicar una religión pura y sin mácula, con espíritu infatigable.

La grandiosidad del Presidente es aquella que no se vanagloria de sí misma. En verdad él no desea nuestra vana e interesada lisonja, sino nuestra ratificación mediante la forma en que vivimos y el ejemplo que damos.

Gratitud por la tierna tutoría del presidente Harold B. Lee.

Gratitud por los presidentes Tanner y Romney, así como por el presidente Benson y los Doce Apóstoles, a quienes tengo la esperanza de ayudar, y cuya vida refleja el divino designio que los preparó para sus llamamientos a servir, ya que Dios todo lo sabe y planea cuidadosamente.

Gratitud por todas las Autoridades Generales que viajan incansablemente para impartirnos la tan necesaria enseñanza, alejándose de su familia sin protesta. Esta realidad fue resumida excelentemente por el ingenio que también fue sabiduría, de Richard L. Evans: encontrándose en una oportunidad rumbo a otro avión para otro nuevo fin de semana de conferencias, dijo suavemente: "¿Les ha pasado alguna vez de extrañar su hogar, mientras se encontraban en camino al aeropuerto?"

Gratitud por los miembros de la Iglesia que me han ayudado en las regiones de Tremonton y Ogden, Utah; y en Reno, Nevada, y por mis maravillosos colegas, los Re-

presentantes Regionales de los Doce, en especial, aquellos que el Señor ha seleccionado en otras partes del mundo, aparte de los Estados Unidos de América.

Gratitud por los dedicados colegas y estudiantes del Sistema Educativo de la Iglesia, diseminados en cincuenta países y cuyo número asciende a un tercio de millón.

Infinita gratitud a Jesucristo por su sacrificio expiatorio, comprendiendo que incluidos en la horrenda aritmética de esa expiación, se encuentran mis pecados; y por el testimonio que me ha dado, testimonio que he dejado con gozo en unos treinta y cinco países. Si vemos la vida y la gente a través del cristal de su evangelio, entonces podremos ver por siempre.

Infinita gratitud a mi Padre Celestial, cuyas bendiciones dependen de nuestra obediencia, pero que si comparo las bendiciones que tengo, con mi obediencia, veo que es un Dios sumamente generoso.

Yo sé que las normas celestiales tienen en cuenta el servicio y no la posición social; la utilización de nuestros talentos y no la cantidad que poseemos. Comprendo y sé que la condición de miembro de la Iglesia no constituye una seguridad pasiva, sino un continuo cúmulo de oportunidades.

Finalmente, testifico que es verdad lo que un sabio hombre escribió en una oportunidad: "Si usted no ha elegido el reino de Dios por sobre todas las cosas, en realidad no tiene importancia lo que haya elegido en su lugar." Habiendo hecho nuestra elección, que el Señor nos bendiga para que podamos llevar adelante el reino, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Discurso pronunciado en la Conferencia General de abril de 1974.